



RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

historiadores que quieran continuar investigaciones sobre el tema, además presenta una colección de fotos de algunos de los pobladores que fueron actores de estas vivencias, el aporte a la historia regional es muy grande ya que con esta investigación se puede conocer más del Cañadas de Obregón de antaño.

Reseña de Laura Vera Hernández

Víctor L. Urquidi, *Otro siglo perdido. Las políticas de desarrollo en América Latina (1930-2005)*. El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, Fideicomiso Historia de las Américas. Colección Historia. 2005. 568 páginas. ISBN 968-16-7636-X

Sin demasiada esperanza, pero tampoco con un desmedido ánimo de derrota, Víctor L. Urquidi hace en *Otro Siglo Perdido, Las políticas de desarrollo en América Latina (1930-2005)* un periplo por los últimos 75 años de la economía de la región.

Lo hace a sabiendas de que la economía latinoamericana como tal nunca ha existido, y que los pocos esfuerzos en esta dirección, hace ya más de cuatro décadas, no lograron consolidarse como un proceso de integración cuando la oportunidad pareció más viable.

“La suma agregada (de la economía) de los países de la región latinoamericana carece hoy en día de significado analítico” puntualiza Urquidi, pues desde las décadas de los treinta o cuarenta, el agregado de las variables económicas de los países que constituyen América Latina ha sido siempre una sumatoria de partes heterogéneas, con algunas similitudes, pero con características distintivas que van, desde el régimen político existente hasta las relaciones específicas con el exterior, o de los avances institucionales y de estructura industrial o comercial a la composición demográfica y étnica de cada país.

Y, al recordar la posibilidad de una vinculación económica de la región impulsada en los años cincuenta por la Comisión Económica para América Latina (Cepal), sentencia que, en la actualidad, “carece de verdadero sentido una integración del conjunto latinoamericano, excepto entre grupos subregionales con características y objetivos similares”.

No obstante sus disímiles tamaños y características, quien fuera presidente del Colegio de México durante casi 20 años, propone a 1973 como un punto de coincidencia que marcó los destinos de las economías de los países de América Latina durante las décadas siguientes.

En aquel año las naciones latinoamericanas comenzaron a sufrir el fin de un periodo de limitada prosperidad iniciado en 1950 y, al mismo tiempo, afrontaron los efectos de las fluctuaciones económicas originadas por la convulsión en las finanzas internacionales provocada por las alzas en los precios internacionales del petróleo.

La mayor parte de los países de la región, afirma Urquidi, habían alcanzado en 1973 la categoría de naciones en etapa de “desarrollo intermedio” de acuerdo a los niveles del PIB *per capita*.

Sin embargo, agrega, los países integrantes del grupo con los indicadores más altos de la región (Venezuela, Trinidad y Tobago, Argentina, Chile, Uruguay, México, Costa Rica, Panamá, Jamaica y Perú) no llegaban con mucho a los niveles de los países de economía altamente desarrollada.

Para entonces la mayoría de las naciones de América Latina ya se encontraban rezagadas incluso respecto a otras regiones del globo otrora subdesarrolladas. Particularmente el sudeste asiático había iniciado su proceso de desarrollo industrial que lo ha llevado al protagonismo económico de este inicio de siglo.

En esas estaban cuando los mercados financieros internacionales les mostraron sus enormes excedentes de recursos.

El enorme volumen de los fondos financieros, alimentados por los dólares producto de los altos precios del petróleo, los *petrodólares*, así como por los *eurodólares*, resultado del creciente déficit comercial estadounidense que había colocado desde 1971 en la banca comercial de la mayor parte de los países desarrollados “gigantescas sumas de dinero” fue colocado “con prontitud” en los países “sedientos de capital a cualquier precio para sus programas de desarrollo o para cubrir su déficit comercial”.

Sabemos ya las consecuencias de esa sed de capital a cualquier precio. De su nefando empleo en soportar los desequilibrios de la balanza comercial. De la prontitud de los prestamistas en el otorgamiento de los créditos.

Es a través del cristal de las decisiones adoptadas a partir de aquel 1973 que se debe interpretar el trayecto económico de las países latinoamericanas hasta nuestros días, propone el economista por la Escuela de Economía y Cien-

cia Política de Londres al argumentar sobre cómo América Latina perdió, en el siglo XX, una nueva oportunidad para insertarse entre las regiones desarrolladas.

Veamos si no, nos dice.

“En 1970, la deuda pública externa total de los países en vías de desarrollo fue de 45 miles de millones de dólares, y dentro de ese total la deuda pública acumulada de los países de la región latinoamericana alcanzó 15.8 miles de millones de dólares, o sea 2.7 veces su monto en 1960. Para 1973 (...) la deuda pública había ascendido (...) a 27.5 mil millones de dólares, o sea 70.7% para alcanzar un total de 1.7 veces el de 1970”.

En tan sólo siete años la progresión se aceleró. La deuda pública externa de los países de la región latinoamericana se elevó a 130.4 miles de millones de dólares, que representó 4.7 veces el monto de 1973 y 8.3 veces el de 1970.

En 30 años, es decir de 1970 al 2000, la deuda externa total de América Latina se había multiplicado 23 veces.

A pesar de los fuertes ajustes impuestos por el Fondo Monetario Internacional y el denominado Consenso de Washington, la miopía del corto plazo alentó las decisiones que implantaron los gobiernos de la región: continuar endeudándose, pero a partir de los años ochenta, a plazos relativamente cortos, a tasas de interés elevadas y en condiciones con frecuencia desfavorables.

“Los organismos financieros internacionales, a los que se atribuye mucho poder, no fueron capaces de influir, mucho menos de intervenir”, asevera quien durante su vida profesional tuvo la oportunidad de operar en uno de los organismos referenciales en cuanto a ideas económicas para América Latina: la Cepal.

El caso de México en 1982 es elocuente. El alza de la tasa denominada Libor (tasa interbancaria de oferta de Londres) puso al país en un escenario “totalmente inusitado y además imprevisto”.

En 1981 se debilitó de tal manera la posición de pagos a raíz de decisiones erradas en materia de políticas de venta de petróleo y la subida de las tasas de interés cobradas sobre los préstamos que el gobierno se vio precisado a conseguir fondos a corto plazo para hacer frente a compromisos inmediatos.

“Entró así en un círculo vicioso en que pagaba créditos a mediano y largo plazos pidiendo prestado a plazos mínimos, con lo cual se seguía incrementando el riesgo de caer en la iliquidez y de hecho se aumentaba la carga de la deuda externa sobre la balanza de pagos”.

Urquidi agrega que, a pesar de lo paradigmático que resulta el caso mexicano, no fueron menos importantes las crisis experimentadas por los demás países de la región, cada una con sus características especiales.

Muchos países venían registrando dificultades financieras desde antes de los años ochenta, y algunos se encontraban prácticamente en “moratoria técnica”.

El número de elementos de incertidumbre para las economías latinoamericanas, tanto externos como internos, nunca fue despreciable.

En el aspecto interno, por ejemplo, en varios países la inflación se había tornado “inercial”, es decir, “una situación en que los actores, ya fueran consumidores, productores o intermediarios, habían empezado a ‘descontar’ la inflación futura según sus particulares supuestos y cálculos”.

Más de un lustro después de que la mayoría de los gobiernos de la región intentó diversos programas de ajuste, hacia fines de 1988 se comprobó que se había fracasado en todos los ámbitos.

“Los seis años de intentos de implantar ajustes a partir de 1983 no devolvieron a la región latinoamericana el crecimiento económico, registrado en el PIB que se había deseado”, apunta. “No se lograron plenamente los ajustes ni se reanudó el crecimiento, menos aún se retomó la vía del desarrollo”.

Los años noventa no fueron mejores para la región latinoamericana. Pese a algunas reformas llevadas a cabo con disciplina fiscal, para Urquidi este periodo no se caracteriza sino por estancamiento y crecimiento lento. Las tasas medias de inflación anual se mantuvieron elevadas pese a los ajustes macroeconómicos.

Los procesos que culminaran con un ajuste profundo fueron frustrados o aplazados ante el embate del fenómeno globalizador.

La globalización se acentuó en los noventa y con ello la economía latinoamericana quedó aún más expuesta a las fluctuaciones mundiales de los precios de sus productos básicos, mientras que el nuevo comercio de exportación de manufacturas, una de las apuestas más importantes de varias de las naciones de la región, tuvo que hacer frente a la mayor competencia de los países asiáticos, especialmente China.

Concluido el primer lustro del siglo XXI los rezagos que se arrastran desde principios de los setentas siguen allí; no se han ido porque la medicina ha sido aplicada en dosis incompletas o es francamente inadecuada, y además se han



RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

incorporado nuevas razones de preocupación en el largo camino de un desarrollo sustentable que, en ocasiones, parece caminar hacia atrás, nos dice Urquidí en *Otro Siglo Perdido, Las políticas de desarrollo en América Latina (1930-2005)*, obra publicada bajo los sellos de el Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica.

Al incremento de la deuda, las imposibilidades de pego y los programas de ajuste, se han sumado la globalización que impone a las fuerzas del mercado como los reguladores naturales de la economía y la volatilidad de la producción manufacturera, en la que los “dragones asiáticos” parecen tragarse la mejor tajada de un disputadísimo pastel.

“El saldo del siglo XX no fue positivo al final”, reafirma el economista en su libro póstumo. Y nos previene de que, se puede vislumbrar un desarrollo sustentable y equitativo, que sería el paradigma para el siglo XXI, a condición de reducir el lastre que significa tener que convertir una proporción importante de la capacidad de ahorro e inversión nacionales en el servicio de una deuda externa que ha acabado por actual como una limitación estructural.

“El desarrollo sustentable futuro”, subraya, “para garantizar el mejoramiento permanente en los niveles de vida de los sectores menos favorecidos por el desarrollo insustentable del pasado, tendrá que dar elevada prioridad a la eficiencia y a la equidad social, con apoyo de instituciones democráticas y de participación, con ampliación de la educación y la capacitación, y con la generalización del acceso a los servicios de salud y de protección social”.

75 años después, estamos de regreso en el punto de partida, parece concluir Víctor L. Urquidí en un volumen que comprime con solvencia la historia un largo periodo de la vida económica de un extenso y diverso territorio en apenas 568 páginas.

De ser atendido con profundidad por los lectores a que va dirigido el libro, el estudiante, la sociedad civil, el sector empresarial y el mismo sector político y de gobierno, así como a la opinión pública, aportará un mayor conocimiento acerca del problema fundamental del desarrollo de los países de la región latinoamericana.

Reseña de José de Jesús Fajardo